

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Antoni Pou, monje de Montserrat
17 de enero de 2016
Is 62,1-5 / 1 Cor 12,4-11 / Jn 2,1-12

Con el Evangelio de las bodas de Caná, nos llegan todavía ecos de la fiesta de Navidad y de Epifanía. Si siguiéramos el ritmo de la lectura de los Evangelios correspondientes al ciclo C del tiempo ordinario hoy tocaría leer un fragmento del Evangelio de Lucas, pero en la liturgia quedan reminiscencias de la Fiesta de la Epifanía antigua, que originariamente contemplaba los tres misterios: el de la adoración de los magos, el bautismo de Jesús y las bodas de Caná. Las bodas de Caná en el Evangelio de Juan supone la primera manifestación pública de la Gloria de Jesús, que toma imagen en este milagro, o signo, de convertir el agua en vino.

Jesús, sus discípulos, su madre y sus hermanos son invitados a un banquete de boda. El mayordomo se ha quedado corto, y se está acabando el vino. La madre de Jesús se da cuenta y le dice que haga algo: "no les queda vino". La madre de Jesús no quiere que la alegría y la fiesta se acaben. La respuesta de Jesús es sorprendente: "Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora". Pero su madre, no escucha las excusas del hijo y dice a los servidores que hagan lo que él les diga. La madre de Jesús le conoce, confía en sus posibilidades. No es una madre posesiva que prefiere que su hijo se quede en casa y no se meta en problemas... ella comprende cuál es su misión y le incita.

Pero las palabras de Jesús, debemos reconocerlo, también tienen su parte de razón. Todavía no ha llegado su hora, porque el momento de la gran manifestación de Jesús, su epifanía propiamente dicha, será en la hora de la cruz, cuando en su abandono al Padre, entregará su Espíritu. Y es el Espíritu el que será capaz de transformar la religión caduca de la ley en la nueva alianza de la gracia.

Pero la madre de Jesús le empuja a empezar a hacer presente ahora, lo que al final ya dará en plenitud, es decir, su amor transformador. Jesús hace llenar de agua las tinajas destinadas a las abluciones prescritas por la ley, y la convierte en vino. Un vino mejor, como incluso el mayordomo reconoce, cuando le dice al novio: "Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora". El vino mejor, es el símbolo de la fiesta, de la alegría, del amor, y del Espíritu Santo.

La Iglesia, como la madre de Jesús, tiene también ahora, este papel comprometido. Como una madre solícita, se da cuenta de la falta de gozo y de alegría en tantos hogares, en tantas comunidades, en tantos corazones. Y nos implica. Nos da la misión de ser como "zahoríes", como aquellos especialistas que buscan las vetas subterráneas de agua escondidas para que emerja la alegría en los corazones atribulados, en las comunidades cansadas, en las situaciones conflictivas. Pero ¿cómo hacerlo, si incluso nosotros, a menudo nos sentimos sin aliento? La madre de Jesús, nos vuelve a coger y nos dice: "Haced lo que él diga". Es pues con la relación personal con Jesús, con la escucha de su palabra, que contribuiremos a hacer posible el milagro de la alegría. El milagro de la fiesta.

No hace mucho alguien nos comentaba cómo Montserrat es un santuario que tiene como elemento característico la fiesta. Ciertamente, "cada día es Fiesta en Montserrat", a veces oímos que se dice. Esto no quiere decir que los que vivimos en Montserrat, estemos ociosos, de trabajo no nos falta... pero es verdad que este santuario se ha convertido en lugar de celebración: numerosos grupos suben para venerar a la Virgen, al tiempo que muestran su alegría con los cantos, los

instrumentos, las danzas, los gigantes... incluso cuadrillas de demonios suben y bailan, o vienen a misa en Montserrat, olvidando sus travesuras.

La fiesta y la alegría no tienen porque significar despreocupación; por el contrario, pueden ser el premio y la expresión del fruto de la implicación, del haber convertido el agua en vino, siguiendo las palabras de la madre de Jesús, y de su hijo. Los que suben a Montserrat y oyen cantos, y bailes, como los que oía el hermano mayor del hijo pródigo cuando volvía a casa, que no se engañen. La mayoría de veces no son cantos de evasión, son a menudo signos visibles, de una transformación operada por el Espíritu de Jesús. Un milagro que no siempre se ve, pero que los monjes podemos a menudo testimoniar y que alimenta continuamente nuestra fe: la eficacia de la Palabra de Jesús en el corazón de las personas. La epifanía de la gloria del Resucitado que nos sale al encuentro. El milagro del agua convertida en vino.

En la celebración de la eucaristía, consagramos el pan y el vino, fruto de nuestro trabajo, para convertirlos en la presencia de Jesús y de su espíritu en medio de nosotros. El vino es el símbolo de la alegría, de la entrega de Jesús al Padre, que se ha hecho vida para todos. Cuando participamos de la Eucaristía recordamos las palabras de la madre de Jesús que nos envía a desenterrar en nuestro mundo la alegría, y las semillas del Reino de Dios: "no les queda vino".